

LA CIUDAD, EL CAMINO Y LA LITERATURA

Antonio ALTARRIBA
Universidad del País Vasco

La ciudad y el camino

Parece probado que la especie humana vino al mundo sin un mal refugio que echarse encima, tan sólo con un trayecto a la espalda y una extensión por delante. Así que no había más remedio que ir. Ir recorriendo la distancia, ir abriendo caminos. De vez en cuando los itinerarios se cruzaban y así, aparentemente por el azar del encuentro o como efecto de la intersección, algunos puntos se convertían en encrucijada. Y probablemente de esos cruces nacieron las primeras ciudades. Pero eran ciudades pequeñas y fugaces. Tan sólo se extendían el espacio necesario para reunir dos proyectos de viaje. Tan sólo duraban el tiempo de un saludo entre caminantes. La ciudad entonces era algo pasajero. La ciudad era etapa.

Estas ciudades no tenían casas ni murallas por eso no se sabe muy bien por qué corriente de aire entró la pereza en una de ellas. El caso es que en alguno de estos puntos el cansancio, que había pasado desapercibido hasta entonces, se dejó notar. Retrasó el momento de reincorporarse, olvidó la hora de reemprender la marcha, incluso prolongó letargos, molicies y somnolencias y algunos empezaron a instalarse.

Otras teorías afirman que su origen no se puede atribuir a una simple y casual corriente de aire, que la ciudad fue el producto de la

elaboración consciente de una mente privilegiada. Alguien tuvo que perfeccionar el concepto de reposo hasta transformarlo en el de asentamiento. Sólo así pudo surgir la idea de ciudad tal y como la concebimos en la actualidad. La ciudad sería por lo tanto un invento. Uno de los primeros y más grandes inventos de la humanidad.

Sea de ello lo que fuere, las encrucijadas empezaron a acoger a los desertores del recorrido permanente. Algunos no querían dar ni un paso. Preferían ahorrarlo. Aplazaban cualquier movimiento. Y, con este espíritu conservador y ecónomo, se establecieron. De la falta de circulación, del pus de la pereza y de la grasa del sedentarismo provienen por lo tanto los primeros poblados. No es de extrañar que, a la hora de traducirla al mapa, la ciudad se represente como un grano que le sale al camino.

Seborreícos, varicosos y demás propensos a los males de la obesidad y la abulia tomaron posiciones alrededor de los caminos abrazándolos, vigilándolos o quizá estrangulándolos. Y así, poco a poco, para ellos la ciudad dejó de ser de paso para convertirse en lugar de residencia. Ya no la vivían como un medio sino como un fin. La ciudad se les hizo definitiva.

Estos asentamientos cubrieron paulatinamente toda la superficie y fueron acorralando la distancia. Atrapado entre las cada vez más numerosas ciudades, el camino ha dejado de ser lo que era. Para empezar, el camino ya no se hace, tan sólo conduce. Se ha convertido en la línea más corta entre dos puntos. No sirve para andar sino para llegar. Es vía funcional que pretende rentabilizar al máximo el esfuerzo de la marcha. En aras de la eficacia se ha ido desprendiendo de lo pintoresco y de lo imprevisto. Ha regularizado su trazado. Ya no aguardan sorpresas a la vuelta del camino. Porque en el camino ya no hay vueltas sino carteles indicadores. El camino ya no resulta acogedor ni misterioso sino más bien frío y duro. Tan frío y tan duro que ahora es de asfalto o de hierro.

Como consecuencia de su abandono del camino, el hombre deja de ser viajero para convertirse en habitante. Gracias a la ciudad consigue acotar un espacio protegido de las eventualidades de la naturaleza. Se queda al margen de cambios, ciclos, inclemencias y otros fenómenos de la intemperie. El «salto de mata» del que vive el caminante es sustituido por un comfortable «al alcance de la mano». Pero los administradores de la «polis», los políticos, se encargan de poner un precio a todas estas ventajas. A la libertad le descuentan la «responsabilidad», «las necesidades de la convivencia», «el interés común» y otros valores

cívicos. Con semejante sustracción lo que se quiere queda reducido a lo que conviene. La voluntad, en el caso de que no se pierda en el requisito, debe someterse a la ley. Casi nada distingue el deseo de la necesidad. La ciudad por lo tanto no sólo convierte el espacio en geometría sino que reduce las posibilidades de actuación a un repertorio de obligado acatamiento. La ciudad civiliza. Es decir, hace la existencia reglamentada, regularizada, reglada. Regular. La ciudad hace la vida normativa, normalizada. Normal. Prácticamente cotidiana.

Como consecuencia de todo ello, el hombre puede dedicarse a *estar* en lugar de a *transcurrir*. Y, una vez que *está*, soñar que *es*. Consigue la suficiente *estabilidad* como para ponerse a pensar en la *esencialidad*. Se distancia de las circunstancias y de las esclavitudes que comporta la experiencia del instante. Ha olvidado el camino y ya no está familiarizado con la emboscada ni con los acontecimientos azarosos. Y éso le permite pensar en términos de instalación permanente, incluso proyectarse en una idea de eternidad. Llega a convencerse de que él no es el fruto ni siquiera depende de su adaptación al entorno.

Atrincherado tras las murallas que ha levantado, firme y fijo en una misma posición, el ciudadano, que por oposición al caminante no tiene que invertir su tiempo en recorrer el espacio, se dedica a combatir desde su estabilidad la fugacidad y el transcurso. Almacena el pasado y lo encuaderna en la Historia. Entra a saco en el futuro y lo hace previsible. Consigue que el porvenir le encaje en el horario y el destino en la agenda. Convierte en conocimiento lo ocurrido y lo que ocurrirá. Contra el paso del tiempo levanta la fortaleza de la ciencia. Así que la vida urbana se construye por un lado sobre la memoria y por otro sobre el proyecto: entre la biblioteca o la base de datos y el plan de desarrollo. Quizá en un principio la ciudad fuera refugio de perezosos, gordos y ateridos pero ahora es sobre todo voluntad de permanencia. La ciudad no sólo deja al margen las vicisitudes del espacio sino también las del tiempo. La ciudad le permite al hombre desarrollarse fuera del mundo, dentro del mundo que él ha creado. En la ciudad el hombre muere para la naturaleza y la animalidad y renace a una nueva vida. Una vida que él mismo concibe y en la que él mismo se concibe. Y se concibe esencial para su entorno o, al menos para ese entorno que ya es suyo. El es el que es.

Extraviado en la grandeza de su propio imperio antropocéntrico, el hombre no parece darse cuenta de que la ciudad libera pero también condiciona y crea dependencias. Ignota la relatividad de ese su pretendido carácter esencial y no toma en consideración los condicionantes que le afectan. Amputado del resto, con la naturaleza

perdida extra muros y con la mayor parte del paisaje cultivado, sólo tiene referencias urbanas. Y son esas referencias las que alimentan y le constituyen. El hombre construyó la ciudad pero, cada vez más, la ciudad construye al hombre. De hecho, empieza a parecerse de manera inquietante. Se diría que sus ojos son ventanas cuando mira, balcones cuando se asombra y troneras cuando se irrita. Su sangre obedece a un sistema circulatorio donde abundan los sentidos obligatorios y las direcciones prohibidas. El tráfico de glóbulos sufre frecuentes embotellamientos en donde amenaza el colapso. Sus pulmones funcionan como dos raquílicas zonas verdes que buscan oxígeno en medio de la polución. Sus intestinos, semejantes a las cloacas, recogen y expulsan unas aguas residuales cada vez más corrompidas. Sus extremidades están mal comunicadas con sus ilusiones así que no han tenido más remedio que convertirse en arrabales donde la mano es de obra y el pie de cañón. Su capacidad de decisión ha abdicado en un semáforo y sólo conoce el rojo o el verde y un mínimo tiempo de reflexión en ámbar. El respeto, la dignidad y otros valores de reconocimiento individual han sido asumidos por el ceda el paso y la prioridad a la derecha. Muy probablemente sus ideas dependan ya del suministro de electricidad, sus lágrimas del agua y vertido y sus frustraciones de la recogida de basuras. Así que, a poco que reflexione, el hombre comprenderá que de la ciudad, de donde le viene su grandeza, su supuesta autonomía y sus afanes de esencialidad, le viene también ese trazado regular que determina lo que es e hipoteca su desarrollo. Cualquiera día el hombre se palpará y descubrirá con sorpresa que su cuerpo, todo su cuerpo, es municipal.

La literatura del camino.

Las formas de vida y las actitudes que se desarrollan en el camino son muy distintas de las que resultan eficaces en la ciudad. La Literatura se ha encargado de reflejar estas diferencias de tal manera que –ya que éste es un campo creativo cuyo estudio se presta a las más diversas y peregrinas clasificaciones– podríamos hablar de una Literatura del camino y de una Literatura de la ciudad.

En la literatura del camino los personajes suelen vestir armadura refulgente y penacho blanco o, en cualquier caso, van arropados para combatir. Porque en el camino acecha lo imprevisto, amenaza el peligro y en todo momento puede aparecer lo maravilloso o lo monstruoso. Cuidan y sacan brillo a una indumentaria que contiene los elementos

necesarios para su supervivencia. Con ellos se protegen y atacan. Son su principal garantía para seguir avanzando y además constituyen su única posesión. Su vida es andanza y no les permite acumular pertenencias. Así que los personajes del camino sólo llevan lo puesto. El viaje requiere sobriedad y equipaje ligero. Ni siquiera pueden cargar con una muda. Por éso, al no tener posibilidad de cambiarse, su traje cumple funciones de uniforme y acaba convirtiéndose en signo distintivo, en clave básica de su identidad.

Para los personajes del camino nacer y partir viene a ser lo mismo. El parto supone la salida al mundo. Su vida, que será una continua iniciación, se inicia. Lo que sigue es simplemente lo que ha de venir: la existencia es aventura. Y a ella se lanzan sin un punto fijo de llegada. Tan sólo por el placer de recorrerla. Avanzan sin rumbo. Aparentemente tan sólo por el deseo de hacer frente. Sin embargo su comportamiento tiene sentido. Por lo menos uno. El sentido del deber. Pueden variar los principios a los que cada uno de estos personajes obedece pero todos ellos se encuentran indefectiblemente obligados a cumplirlos. Esta voluntad de aceptar y de imponer sus creencias constituye su único patrimonio. La única carga que, al no ocupar lugar alguno, les admite su medio de transporte. El sentido del deber supone adhesión completa, identificación absoluta con cierta interpretación del mundo. Esta fiel adscripción hace innecesarias las explicaciones. Ellos están convencidos y no necesitan justificarse. Por éso los personajes del camino no son propensos a los discursos. Son hombres de palabra pero no de palabras. Como buenos viajeros, saben que la verdad se demuestra sobre la marcha. O sea que ellos no dicen. Actúan. Como consecuencia estos personajes no se presentan como un carácter a analizar sino como un modelo a seguir.

Los personajes del camino no se manifiestan hablando. Demuestran con la acción. No llegan a las pruebas con sus argumentos. Las superan con sus fuerzas. Y con este comportamiento no pretenden obtener sino dar. Dar ejemplo. No recogen. Renuncian. Renuncian a una vida que ponen al servicio de un ideal. Desprovisto, el caminante —que también es el aventurero— cuanto menos tiene más es. Se constituye a fuerza de perderse, de identificarse, de fundirse con un valor. Con el valor. Su vida da comienzo al iniciar la marcha, empieza a hacerse al partir y sigue haciéndose al repartir. Reparte los beneficios que proporcionan las actuaciones derivadas de su inquebrantable convicción. Siembra en torno suyo el orden que se desprende de los principios a los que obedece. Para sí mismo no reclama nada. El no

quiere. Como mucho aspira a perfeccionar su vinculación con las creencias que defiende. No confunde grandeza con gordura y por éso sabe que su mérito será mayor cuanto más próximo esté de su ideal. Así que el caminante, el aventurero, tiende a adelgazar hasta llegar a desaparecer, confundido con los valores que, a partir de ese momento, ya se pone a encarnar.

Tan rabiosa, radical y arraigada implicación sólo puede sustentarse sobre un concepto de Verdad superior y trascendente que sobrepasa y al mismo tiempo constituye al individuo. Cuando los conflictos están presididos por conceptos y valores de implicaciones tan supremas, se producen desgarros vividos en la crispación de lo sagrado y cuya resolución toma forma de tragedia. El protagonista, enhiesto sobre la perfección alcanzada asciende a la dignidad de héroe y su experiencia se entroniza en la fama y el reconocimiento general. Sus peripecias pueden llegar a leerse rodeadas de una aureola de divinidad o del más humilde olor de santidad en cualquier libro sagrado. También pueden conocerse como mito o leyenda cuando los principios por él defendidos han perdido arraigo. Se presentan como simple epopeya cuando la dimensión sagrada de sus aventuras se encuentra entremezclada con intereses más terrenales. Y en el más pagano de los casos se consumen como simple libro de aventuras.

La literatura de la ciudad.

Los personajes de la ciudad siguen un destino muy distinto. Para empezar habría que decir que lo suyo ni siquiera es destino, como mucho se queda en ley de vida y muy a menudo en simples predisposiciones temperamentales o genéticas. Su itinerario suele estar previsto, provisto, asfaltado e iluminado con farolas. Así que aquí el recorrido no ofrece sorpresas ni maravillas. La aventura se queda en avenida.

El ciudadano funciona de manera muy diferente a la del caminante. No sigue esa vía más o menos serpenteante que se pierde en el horizonte. La lógica del ciudadano no se guía por un principio de progresión lineal sino de acumulación concéntrica. Los elementos afilados, alargados y cortantes que resultan eficaces en el camino son reemplazados por otros más rechonchos y circulares. A la saeta, la espada, la lanza o cualquier otra arma de trayectoria lineal, corresponden en la ciudad el cesto, el recipiente o la muralla. A una estructura que propicia el avance y la ruptura le sustituye la del contenedor que acota, agrupa y protege. Como consecuencia –aunque

quizá más bien sea causa— el personaje de ciudad no avanza. Acumula. Se rodea de pertenencias. Como no tiene que cargar con ello, como la ciudad le sirve de depósito, puede permitirse el lujo de tener. Por oposición a lo que ocurriría en el camino, aquí la cantidad prima sobre la calidad. Cuanto más se tiene más se es.

El personaje de ciudad se define por sus posesiones. Y para poseer tiene que establecer fórmulas de trueque. Así que, mientras el aventurero se confrontaba con lo otro (con los obstáculos y peligros del camino), el ciudadano intercambia con sus semejantes. Adquiere el hábito de negociar. Así que para él resulta fundamental hablar. Es más, el comercio requiere no tener palabra sino muchas palabras en las que se diluya cualquier palabra dada. El personaje de ciudad no se hace actuando sino diciendo.

En estas condiciones el vestido que lleva no le define o, si le define, no es tanto a partir de su permanencia sino de sus posibilidades de variación. Lo que se pone no sirve para proteger ni para atacar sino para adornar. La indumentaria no le identifica ni le vincula con su misión sino que le permite exhibir su capacidad adquisitiva. La ropa no depende de su eficacia para el trayecto sino de la moda. En este mundo de decir y desdecir el nombre, vinculado a la estabilidad del registro municipal y al trámite burocrático, define más que el traje.

Si todo depende de la relación, todo es relativo. En un terreno donde los precios vienen dictados por las leyes del mercado, ningún valor puede ser definitivo. El sentido del deber se confunde con el de no pagar. No se trata de establecer adhesiones definitivas ni obediencias a principios superiores. Este ya no es el reino de la vinculación al ideal sino el de la fluctuación de lo material. No importa tanto la Verdad como la Oportunidad. No se necesitan certezas sino la posibilidad de todas las mentiras. Los criterios y las pautas de actuación se presentan de forma inestable. Su fiabilidad, siempre oscilante, se va estableciendo en el tablón de cotizaciones. En cualquier caso son cuestionables y dependen de las presiones del mejor postor.

En la ciudad reina la confusión. Es más, la ciudad vive de la confusión. Si no hubiera confusión, si los principios fueran claros y los valores estables, no habría lugar para la especulación ni para el beneficio. Desaparecería el vínculo que une a sus habitantes. La riqueza no circularía. Se quedaría estática e impertérrita. Es decir, se echaría a perder. La ciudad se arruinaría. Y la ciudad, que está hecha de edificios y monumentos, no puede permitirse caer en la ruina.

El personaje de ciudad no termina de acostumbrarse a este estado de permanente confusión y da frecuentes muestras de desorientación. Se pierde en las apariencias, su integridad se le extravía por las múltiples facetas y su personalidad no para de reivindicar su acepción etimológica quedándosele en simple máscara. No posee criterios estables a los que remitirse así que tiene que adoptarlos. Y como huerfanitos los acoge, alimentándolos y apoyándose en ellos con toda precariedad. Pero de ellos no obtiene la fuerza suficiente para organizar su vida. Tan sólo para tomar algunas posturas en función de cada caso.

De esta manera el personaje de ciudad, que se había concebido como esencial para el mundo en el que se desenvuelve, debe a menudo admitir que su esencia consiste en no tener ninguna. Porque ¿qué se es cuando sólo se puede ir siendo, provisionalmente, según las circunstancias? Esta paradoja le afecta, le atrapa y le paraliza. Hasta el punto de que la literatura que se dedica a plasmar sus peripecias encuentra en este terreno uno de sus principales centros de interés. No suele ser por lo tanto una literatura de acción sino más bien de reflexión. No se relatan enfrentamientos en los que se defienden unos principios sino que se analizan dudas, inadecuaciones y otros síntomas de la identidad frágil o inencontrable. Aquí el conflicto es interno. Se pretende captar esa distancia que separa la ausencia interior de la necesidad de concreción exterior, lo que se siente de lo que se tiene, el ser de la apariencia. El personaje de ciudad no sigue un camino, se pierde en los vericuetos de una difícil, a menudo imposible, coincidencia. Entre el vacío esencial y la diversidad existencial se atascan dudas y remordimientos, se encasquillan frustraciones, se pudren traumas.

De manera que, mientras la literatura del camino relata una afirmación, la literatura de la ciudad dice una contradicción. La literatura de ciudad, confusa e irresoluta, no puede acceder a la ejemplaridad mítica. Se queda en novela costumbrista, psicológica o de especulación epistemológica. En cualquier caso y sea cual fuere el género utilizado, no presenta tanto la decisión enfrentada al conflicto como el conflicto de la decisión.

La comprobable distancia existente entre las motivaciones del caminante y las del ciudadano determina la diferencia de sus objetivos. Desde la firme seguridad de sus creencias el personaje del camino puede aspirar a la perfección. Sin embargo el personaje de la ciudad, lastrado por la inseguridad, debe conformarse con la comodidad, que a veces adorna con ilusión hasta convertirla en felicidad. El primero, coherente y auténtico, consigue que su fin sea la realización de sus principios. Su

existencia consiste en un despojamiento total pues se nutre de su propia fe. El segundo, confundido y disperso, no puede plantearse un fin claro así que se proporciona medios para distraerse, para entretener una vida sin sentido. No tiene consistencia para remitirse a sí mismo por lo tanto se entrega a las cosas. Su principal problema consiste en no tener y, como consecuencia, su queja suele ser la expresión de una carencia. Se comprobará que sus preocupaciones no son batallas campales sino conflictos de andar por casa que, naturalmente, no revisten la sublime y tensa rigidez de la tragedia sino el tono más intrascendente del drama o, en ocasiones, del melodrama. El ciudadano puede tomarse en serio pero nunca en sagrado. Al ciudadano le sobran edificios pero le faltan fundamentos.

La literatura de los caminos de la ciudad.

En los últimos tiempos el personaje de ciudad empieza a sentir que el espacio en el que habita no le sirve para desarrollarse. Más bien nota que le aprisiona y le ahoga. No vive la ciudad como medio ni como fin sino como impedimento, como obstáculo irremediable. La ciudad le ha superado, se le ha escapado de las manos y, en lugar de integrarse en ella, tiene que combatirla. Recupera así el reflejo de la acción que había abandonado a la orilla del camino. Y la aventura hace su aparición en la ciudad. Se configura así una literatura bastarda en la que se presentan actitudes propias del camino pero que tienen lugar en un ambiente ciudadano. Los enfrentamientos, los combates se infiltran en el espacio urbano. Pero penetran por las alcantarillas, con olor nauseabundo y fétido aliento. El nuevo aventurero no ofrece un aspecto impoluto sino que gasta malos modales, escupir ladeado y sempiterno cigarrillo en la comisura. Está rodeado de una aureola perversa o, cuando menos, cínica que le aleja de funciones ejemplares, aunque algunos le tomen como modelo. El nuevo aventurero de ciudad también se sustenta en una firme decisión y parece guiarse por un inquebrantable propósito. Pero, a diferencia del caminante, su fuerza no se construye sobre nada sino contra todo. No se identifica con un principio. Es un resentido. Le guía la venganza y el odio. En cualquier caso nunca el afán de apoyar o defender un sistema de valores. La dureza de su comportamiento proviene de su necesidad de sobrevivir. Saca arrestos de esa decidida voluntad de salvar el pellejo. Contra todo. Contra toda esa ciudad que ahora ya sólo piensa en devorarlo.

La panoplia de sus posibilidades demuestra ese carácter híbrido que le constituye. Maneja armas de trayectoria lineal que resuelven los

enfrentamientos por medio del tajó o la ruptura pero, normalmente, sólo le sirven en ocasiones puntuales. Su principal recurso, como habitante de la ciudad que no deja de ser, se encuentra en su capacidad de reflexión. Y aquí la utiliza no tanto para analizar los enigmas y contradicciones de un carácter como para planear o descubrir una culpabilidad. Urde, intriga, trama o indaga, investiga, hace pesquisas, lleva a cabo encuestas. Sólo de esta manera puede desenvolverse a través de esa estructura concéntrica que caracteriza toda actividad ciudadana. Así que a veces rompe, rasga o dispara. Se lanza hacia delante buscando el choque frontal siguiendo un impulso lineal. Pero casi siempre este comportamiento de caminante es el resultado de un recorrido por la urdimbre compleja regular y concéntrica de la tela de araña.

Para que la aventura se ponga gabán y se cale sombrero, para que la aventura se haga ciudadana, es necesario que la vida urbana se infecte y se inflame. Cuando la ciudad enferma de su propio exceso, los hombres, por lo menos algunos hombres, dejan de considerarse dioses, centros de la órbita del mundo que han creado, para sentirse esclavos de una estructura que les supera. El trazado de calles se convierte en laberinto y el habitante no se encuentra, incluso, en algunos casos, busca su propia perdición. Los comportamientos de la ciudad se distorsionan y las fórmulas del *tener que* rigen la convivencia se pervierten. Los intercambios pasan por circuitos paralelos, por procedimientos que desbordan lo que algunos denominan legalidad. Para conseguir con mayor facilidad, algunas reglas del mercado se devalúan o se envilecen. Se accede a la propiedad por el robo, el chantaje, el contrabando, la prostitución o el asesinato. La ley del más rico se mezcla con la del más fuerte. El que más tiene es el que más ataca. En definitiva aparecen las actitudes propias del camino pero al servicio de los valores y de los fines propios de la ciudad. La aventura tiene lugar pero esta vez no surge del camino sino del callejón oscuro. Muchos de los elementos que intervienen en el relato heroico también se encuentran en este tipo de literatura, aunque aquí se hallan transformados, a veces incluso invertidos. La poción no es mágica sino alcohólica. La mujer no es la víctima que hay que rescatar, tampoco la depositaria de los mejores y los más espirituales sentimientos del protagonista. La mujer es fatal. La mujer no es la salvación. Es la trampa. En la ciudad la acción prefiere la noche a la luz del día y los pactos no se sellan en recintos sagrados sino en burdeles o en casa de juego.

La aventura, cuando no se echa al monte, empieza a oler a cerrado. No se estira por los senderos del campo abierto y del noble

propósito. Se retuerce por los vericuetos de la conspiración. Ya no proviene del corazón sino de los intestinos. Se va empañando con un halo oscuro en donde el juramento es sustituido por la blasfemia y la valentía por el rencor o por la ira. El relato se hace negro. El relato no dice la afirmación. Ni siquiera la contradicción. El relato dice la maldición.

El aventurero de ciudad ha perdido los modales. Sigue siendo ciudadano pero no conoce la urbanidad. Con necesidad de moverse pero sin ningún sitio al que llegar, sin ningún objetivo, puede considerarse que no tiene educación. No se agarra a la acción con rectitud y afán de perfeccionamiento sino con desesperación. Con la furia crispada o irónica de quien no tiene otro remedio. La ciudad expulsó la aventura de su recinto. Ahora la aventura regresa a la ciudad y el personaje se acoge a ella porque es su única manera de permanecer. Antes necesitaba la ciudad para vivir ahora recurre a la aventura para sobrevivir.

La existencia puede así, por fin, dejar de ser cotidiana, aunque lo que le desborde no sean los principios trascendentes sino los oscuros fluidos que escurren por los desajustes del propio sistema ciudadano. La literatura de los oscuros caminos de la ciudad, la literatura de callejón y cadáver, la literatura negra no salva, ni siquiera absuelve pero, por lo menos, consigue vencer el aburrimiento. Sacude al hombre y lo saca de su ajuste con una planificación que se consideraba perfecta. El relato negro es una literatura de la crisis del sistema ciudadano. Pero, aunque se revuelve contra la ciudad, no pretende el regreso a las formas de vida del camino. La literatura de los oscuros caminos de la ciudad tampoco se plantea como alternativa. Probablemente, aunque en su propia inseguridad ni siquiera ella misma lo sepa, tan sólo pretenda acostumbrarnos a vivir con la imperfección.

Resumen

Primero fue el camino y sólo después la ciudad. Es más, en un principio, la ciudad surgió como encrucijada, punto de encuentro, etapa. Cuando la noción de descanso, de mero reposo para el viajero es sustituida por la de asentamiento, la ciudad se hace definitiva.

¿El hombre pertenece al camino o a la ciudad? ¿Se caracteriza por el hecho de «ir» o por el de «habitar»? Dos formas de vida, dos actitudes muy distintas que tienen su reflejo en la creación literaria y condicionan intrigas, comportamientos e incluso técnicas novelescas. En el juego de las múltiples posibilidades de clasificación que la Literatura permite, una nueva hipótesis se plantea: la literatura del camino por un lado y la de la ciudad por otro.

Del camino como concepto aglutinador se desprenden unos valores que perfilan unos géneros narrativos muy diferenciados de los que emanan del concepto de ciudad. Como resultado de la reciente rebelión del hombre contra la ciudad, de un espacio urbano percibido como opresivo, surge «la literatura de los caminos de la ciudad». Una síntesis perversa, más que pervertida, de ambos polos clasificatorios.

Résumé

Au début c'était le chemin. La ville n'est apparue qu'après. Et quand la ville a fait son apparition elle était un simple carrefour, un point de rencontre, une étape. Ce n'est qu'après que cette conception a changé. Perçue d'abord comme lieu de passage, comme refuge et repos pour le voyageur, la ville est devenue par la suite établissement définitif.

L'homme appartient au chemin ou à la ville? Peut-on le définir comme «celui qui marche» ou comme «celui qui habite»? Voilà deux façons de faire face à la vie, deux attitudes bien différentes qui se projettent sur la création littéraire déterminant les intrigues, les comportements et aussi les techniques romanesques.

Dans le jeu de multiples classements que la Littérature permet, une nouvelle hypothèse est proposée: d'un côté «la littérature du chemin», de l'autre «la littérature de la ville».

Du «chemin» comme concept agglutinant se dégagent des critères qui cernent des genres narratifs très différents de ceux qui se dégagent du concept de «ville».

La révolte récente de l'homme contre la ville, sa perception de l'espace urbain comme lieu d'agression et d'oppression fait surgir «la littérature des chemins de la ville», une synthèse perverse, plutôt que pervertie, des deux pôles de classification proposés.

Summary

The road came first and only after that, the city. Moreover, in the beginning, the city appeared as a crossroads, a meeting point, a stage on the journey. When the notion of rest, of mere relaxation for the traveller was replaced with the idea of settling down, the city was created definitively.

Does man belong to the road or to the city? Is he characterised by the fact of «going» or that of «inhabiting»? Two ways of life, two very different attitudes which are reflected in literary creation and which condition intrigues, behaviours and even novelistic techniques.

Within the set of multiple possibilities which exist for classifying literary genre, a new hypothesis is put forward: literature of the road on the one hand, and that of the city on the other.

The road, as an overall concept, gives rise to values which shape very different narrative genres to those which derive from the concept of the city. As a result of the recent rebellion of man against the city, of an urban space perceived as being oppressive, comes «the literature of the roads in the city», a perverse, more than perverse, synthesis of both extremes of classification.